

COMPAÑEROS TODOS

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 49

COMPAÑEROS TODOS

por

Adán Echeverría



*F*ICTICIA

MÉXICO
2015

GOBIERNO DEL ESTADO DE YUCATÁN

Rolando Zapata Bello
Gobernador Constitucional

SECRETARÍA DE LA CULTURA Y LAS ARTES DE YUCATÁN

Roger Metri Duarte
Secretario

Hiryna Enríquez Niño
Directora de Desarrollo Cultural y Artístico

Jorge Cortés Ancona
Jefe del Departamento de Fomento Literario y Promoción Editorial

Consejo Editorial de la Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán

Roldán Peniche Barrera (presidente), Virginia Carrillo Rodríguez, Rita Castro Gamboa, Jorge Cortés Ancona, Felipe Couoh Jiménez, José Antonio Cutz Medina, Ena Evia Ricalde, Laura Machuca Gallegos, Karla Marrufo Huchim, Celia Pedrero Cerón, Joed Peña Alcocer, Paulo M. Sánchez Novelo.

COMPAÑEROS TODOS

D.R. © ADÁN ECHEVERRÍA

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán

D.R. © Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Primera edición: julio 2015

En portada: *Gyotaku* de J. G. Wang

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Magnolia 11, Col. San Angel Inn, C.P. 01060, México, D.F.

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-058-2

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

FEMÉNITE

LA PECERA.....	11
LUMINISCENTE JANDRA.....	17
ÚLTIMA JUGADA.....	27
ANTE UN ESPEJO	37
UN DÍA NECESARIO.....	43
LOS DÍAS TRANQUILOS.....	51
DESDOBLARSE LOS AROMAS	55

CIUDADANIZARSE

UNA VENTANA, UN EDIFICIO Y LOS CHARCOS DE SIEMPRE.....	63
IZQUIERDISTAS.....	73

LOS MANIFIESTOS DE MANIFESTARSE.....	79
ESCOLOPENDRA.....	93
ATRAPADO EN LA LUZ.....	99
SOMOS LUGARES COMUNES.....	107
EL OCTAVO DÍA.....	129

FEMÉNITE

LA PECERA

Sofía compró los peces porque vio su angustia en esos ojos. Detrás del cristal de la pecera, esos globos saltones atrapaban las preguntas que solía hacer al vacío. Sintió la vista acuática recorrer su piel, los párpados caídos, las mejillas tersas, del cuello hasta el costillar; después, un golpe al plexo para que la respiración regresara intacta y poder sentirse viva.

La noche anterior a la compra aún llevaba las marcas de insomnio en la cara por el terror a un amor enfermizo que ya no compartía. Tenía razón la soledad: era prisionera y los reclamos de su esposo la iban avejentando, le llenaban la cara de surcos que, por más cremas que utilizara, arañaban su rostro, volviéndola una anciana treintañera. De aquel amor inaugural que la había enfrentado a sus padres y a sus compañeros de escuela no quedaba más que la sombra de un “Es mi decisión” dicho con los puños apretados y los ojos fijos en un futuro prometedor.

Los peces que una tarde de domingo compró en un tianguis le muestran su rostro detenido en las burbujas. Gotas de aire del universo acuático suben a la superficie y revientan liberando el grito fantasmal que Sofía siente necesario.

Aquella tarde, transcurrida entre gritos y amenazas, fiel a la costumbre de su esposo, Sofía decidió quedarse en el

parque del centro de la ciudad para ver a las aves perseguir las migas de arroz e intentar una sonrisa al mirar desprenderse sus plumas mientras levantan el vuelo, huyendo de las manitas de los niños que las alimentan. Esperaba que el hombre se calmara y le hablara al teléfono portátil. Mientras tanto dejaría que el calor la consumiera, ofreciendo el rostro al sol, era preferible a ser consumida por la angustia de permanecer en casa.

No importa perderlo todo, el hogar adornado a su capricho, el auto deportivo, el cuerpo delgadísimo producto del gimnasio por las tardes y las clases de baile en el club social. Los múltiples regalos e incluso el trabajo en las mañanas le sirven para huir del aburrimiento. El hastío se enreda cual nauyaca entre sus piernas, apretando el corazón con las escamas del tedio.

Tampoco importaba la amenaza de divorcio. Él estaría con ella siempre. Lo dijo en la iglesia junto a las promesas mutuas. Incluso lloró al realizarse el sueño de tener a la niña que siempre había amado, vivía para recordárselo, si a eso pudiera llamarse amor. Sofía ya no lo intentaba; no estaba segura si el sentimiento de salir del hogar paterno fue amor por este hombre o arriesgarse a una vida nueva. ¿Cómo llamar a la relación que los mantenía juntos al borde del estallido que los conducía a los golpes? “No eres mi dueño”, gritaba después de cada pleito.

Pedro se conforma con lo poco que ella le da. Aquel hombre de cejas cerradas, dientes apretados y pómulos secos sólo necesita saber que él la ama, y eso ni ella ni nadie podrá evitarlo: “Te lo doy todo y nunca dejaré que te vayas”, dice la voz por el teléfono. Sofía se seca las lágrimas al regresar a casa, nuevamente doblegada. Intenta permanecer a salvo detrás de esa muralla de recuerdos con que aquel hombre pone candados a sus salidas.

De regreso a casa, Sofía anduvo cinco cuadras para llegar al tianguis donde se exponía la venta de animales para mascotas. Miró un conejo. Sostuvo en sus manos a un curie. Se quedó atrapada en el verde plumaje de los loros y la escandalera de los periquitos australianos le arrancó la risa casi en el olvido. Entre jaulas, ladridos y pelos de gato, escuchó su voz sobre los tímpanos; la voz que quiso mantener encerrada y ahora le hablaba a través de los ojos de los peces dorados y subía con las burbujas de aire estallando como un eco sordo en sus tímpanos. Los peces dorados la miraban con sus ojos acuosos, en cuya oscuridad Sofía observó su alma atrapada arañando la superficie, presa dentro de esos ojos, dentro de la pecera, en su propia casa, en el interior de su cuerpo.

¿A dónde huir?, ¿cómo sostenerse si él siempre se encarga de todo? El trabajo se lo había conseguido un amigo de Pedro. Él la llevaba y la iba a buscar sin contratiempos. Ni un minuto más en la oficina después de la jornada.

Con la pecera en el sitio que le ha escogido, cerca de la ventana del jardín, Sofía permanece horas, sentada, con la vista inmersa en el ondular de sus dorados cuerpos. En el fondo de sus ojos mira el encuentro con su amante, las escapadas por las tardes cuando su esposo trabaja. Invitarlo a casa y manchar las sábanas del matrimonio. Aquel amor que pronto se hartó de la indecisión y una madrugada se alejó diciendo: “lo tienes todo menos aventura, eres una niña aburrida sin ganas de rescatar su vida”. Y después del “No te vayas” recuerda la respuesta: “Ya vendrá alguien más”.

Tenía razón. Las imágenes se precipitan entre las burbujas: diversos rostros la hacen gritar en el espejo, pintarlo con labial, romperse las uñas para abrir las puertas del hartazgo. Las persecuciones con que sueña, amenazada: “Te encontraré donde vayas”. Su corazón late apresurada-

mente. Le duelen las muñecas, moradas por los apretones, el maquillaje cubre los malos tratos, el labio roto, los lentes oscuros, el disfraz de *femme fatale* que oculta la violencia doméstica en que sobrevive.

Sofía junto a la pecera, absorta, come yogurt con miel y bebe pequeños sorbos de té de jasmín. No piensa más que en la voluntad de sentirse viva, y el sexo no ha sido esa posibilidad. Ha deambulado por la casa reconstruyendo cada adorno, cada historia con esos hombres que horadaron su cuerpo para rescatarla y que sólo consiguieron enterrarla más en su mutismo, en su miseria.

Empaca sus cosas en un maletín de cuero y regresa junto a la pecera. Mira los peces ir y venir en el encierro del cristal. Su esposo llegará en cualquier momento, con su cara de felicidad por verla sobre la cama, doblegada, durmiendo o llorosa con el insomnio de siempre. Ya no será así.

Baja de nuevo, corta una fruta y contempla a los peces dorados. No quiere irse a escondidas, quiere verlo de frente y decirle adiós. Ha apagado las luces de la casa para no mirar el cadáver de la tristeza que se derrama por la escalera. La puerta pronto dejará caer los cerrojos que anunciarán su llegada. Su partida.

Quita el oxígeno a la pecera y derrama en el agua dos puñados de sal. Espera mientras recorre cada espacio de lo que pudo ser su hogar, pasa los dedos por las paredes, sale al patio, mira las cerradas ventanas de su dormitorio, va hacia la cocina, abre los cajones, la alacena, se detiene frente al refrigerador y lo desconecta. El tiempo camina lentísimo y Sofía busca evitar los espejos de la sala.

Regresa junto a la pecera. Mira cómo la respiración de los peces empieza a atragantarse. Engulle la pulpa de la fruta. Se queda absorta en la mirada de los peces y ve extinguirse la luz de esos discos jugosos donde se petrifican los

«COMPAÑEROS TODOS»

DE ADÁN ECHEVERRÍA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 1 DE JULIO DE 2015 EN LOS
TALLERES DE EDICIONES MYM, S. DE R. L. DE C. V. CONRADO
PELAYO NÚM. 33 COL. TLÁHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.